

el *Diario de Avisos*, suscribió la iniciativa y nombró presidente provisional á *Lobles Peruela*; Zuloaga, haciendo mutis, se retiró por el foro *arrastrando el alfange por la arena*; al conocer el plan, Miramón lo consideró detestable y se negó á sancionarlo; pidió que le reconocieran como jefe del ejército, y nombró en su lugar á Salas para que lo representara; llegó el héroe invictísimo y colocó en su lugar á Zuloaga, que se sintió satisfecho creyendo que volvía á coger la breva que se le escapaba. Pero no le duró el gusto mucho tiempo: pasados apenas unos cuantos días, Miramón tomó el mando, se declaró Presidente de la República, y allí me le tienes arreglándolo todo para ir hasta Veracruz y acabar con el «nido que la infame demagogia ha fabricado en aquellos calientes arenales.»

Todo esto se dice en unas cuantas líneas; pero lo que no se dirá en tomos enteros es la enorme cantidad de conferencias, arreglos, disputas, cuestiones, trampas, gambitos, chicanas, enredos y dificultades que ha costado. Pura pastelería, hijo, purísima pastelería.

Hemos tenido, en dos meses, tres pronunciamientos: á Zuloaga, como presidente; á Robles Pezuela, como presidente; á Salas, como presidente, otra vez á Zuloaga y luego á Miramón. Hay en donde escoger y con que darse gusto.

En cuanto á los personajes, son de lo más vario que te puedas figurar.

Zuloaga, hombre sin honor, sin probidad, sin palabra, sin humanidad; un hipócrita perfecto, sin fe, sin Dios, sin ley y sin alma; soldado cruel, mandatario débil y hombre de valor problemático.

Robles Pezuela, joven de buen entendimiento y de



D. MANUEL ROBLES PEZUELA

buena instrucción; pero seguro de valer más que todos los estratégicos del universo.

Miramón, talento clarísimo, con golpes y destellos de genio, ambicioso, emprendedor, tenaz, duro de corazón y con esa vista certera que constituye los grandes caracteres y los grandes capitanes.

Y al rededor de éstos se mueve y gravita una turba tal

de adictos, amigos, conocidos, parásitos, favoritos y aduladores, que habría para llenar con ellos los puestos de media docena de repúblicas como la nuestra.

¿Qué dices de esto, *Fidel loco*, *Fidel extravagante*, *Fidel desgraciado*? Ríete, hombre, ríete, que si no te ríes llorarás por todo lo que te queda de vida. Ahora sí que viene bien aquello de *no tenemos remedio*. ¡Qué remedio vamos á tener, cuando nos aplicamos tantos y tan sin seso!

Y mientras aquí los políticos se disputan el mendrugo, queriendo ser cada cual el primero que lo atrape, por allí corren los campos los pobres soldados desangrándose, regando sus miembros por el camino y acabando con lo único sano que queda de la sociedad actual.

De los amigos no tengo que decirte, porque casi á nadie veo. Pancho Zarco ha tomado muy á pechos su papel de representante de Juárez, y recorre escritorios de agiotistas y tiendas de mercachifles, solicitando dinero para que ustedes vayan tirando. Pero lo gracioso está en que Pancho, que es un Quijote, quiere siempre sacar los capitales con premios insignificantes, que los prestamistas se resisten, y que nuestro amigo ha cargado el juicio de un modo que da compasión verle. Por allí anda con los bigotes caídos, la nariz más crecida que nunca y con aspecto de tristeza y abatimiento, que sólo deja cuando tiene que realizar una operación ventajosa para esa insaciable *familia enferma*, que pide y pide sin cesar para consumir y luego volver á pedir.

De novedades literarias, ningunas hay; la muerte de Osollos dió motivo para una serie de esperpentos poéticos; los triunfos de Miramón ocasionaron una enorme cantidad de acrósticos, letrillas, sonetos, baladas y otras muchas cosas: total, nada que valga dos cominos. Apenas si la elegía de Roa Bárcena á la muerte de Osollos, tiene algún ambiente poético, que no podía faltar en obra de ese discreto amigo nuestro; lo demás es peor que el chocolate de los jesuitas.

A la fecha, debes de saberlo, no hay más periódicos que el *Diario de Avisos*, *El Orden*, *La Sociedad* y algún otro conservador que se consagra día y noche á poner por las nubes al régimen vigente. *El Siglo* quedó suprimido desde Julio del año pasado. Reclamó Cumplico diciendo que no se ocupaba de política; pero fué igual: no le consintieron ni aun que copiara al *Diario Oficial*.

Por poco que sepas, no ignorarás que los Seguras han contraído la rabia. Son, sin género de duda, los foliecularios más virulentos que ha habido en México.

De teatros, casi nada. La Cortesi, como empresaria de la ópera, ha trabajado con fe; pero ya te figurarás qué poco ha de conseguir en estas revueltas circunstancias. Se ha visto obligada á juntar la ópera con la zarzuela y el drama, y á dar la misma noche actos de la *Flauta encantada*, del *Tío Caniyitas*, de *La Cola del Diablo* y de *La Medea*. Que es cabalmente lo que estamos haciendo en México

hace mucho tiempo, lo mismo en literatura, que en política, que en industria. Y así nos va.

Pero no quiero quitarle á la nación ni uno más de los preciosos momentos que tú le dedicas, y de que después me exigiría cuenta con pago. Te manda un estrecho abrazo,

SABINO FLORES.

De Buenaventura Ortiz á Crescencio Torres Lares.

Guadalajara, 11 de Enero de 1859.

Mal empieza, Chencho querido, este año nuevo en que nos las prometíamos tan felices. Eran prueba del favor que el cielo dispensa á nuestra causa la captura de esta plaza importantísima después de varias escaramuzas en que salimos victoriosos, y el triunfo de San Joaquín, en que encontramos á las gentes de Degollado durmiendo á pierna suelta y tan descuidadas, que en la confusión se hirieron unas á otras, proporcionando al señor Miramón una de las más fáciles victorias que haya alcanzado.

Pero los sucesos de ayer me han convencido de que ó la maldad humana no tiene límite ni medida, ó de que Dios está airado contra este pueblo y ha dispuesto borrarle del número de los que llenan la tierra.

Para hoy estaba anunciada la salida del señor Mi-

ramón; los aprestos para el viaje se hacían á toda prisa, pues el General deseaba estar en México lo más pronto posible, á fin de poner término al embolismo que han anudado los políticos de allá. Serían las diez cuando bajó del coche acompañado del general Márquez, recibiendo á uno y otro aclamaciones de la tropa y de la multitud que llenaba los patios y corredores.

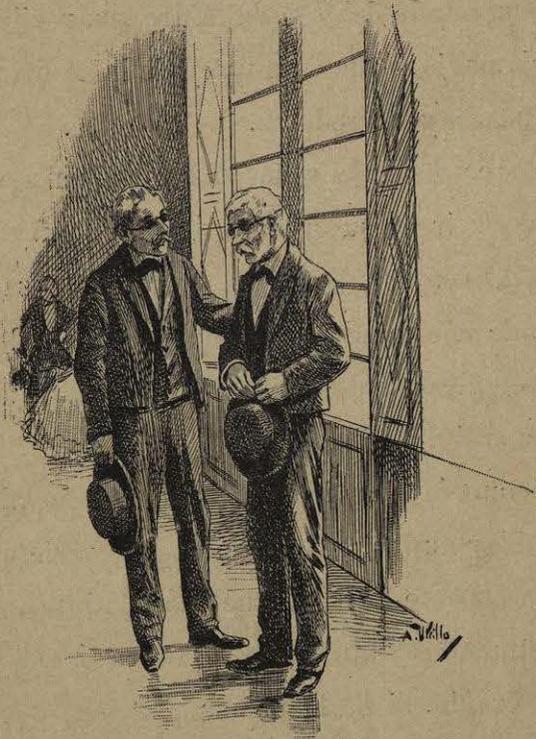
Yo trataba de ver al señor Miramón para solicitar de él el favor de ir en su ejército á la campaña de oriente; las antesalas estaban llenas de pretendientes paisanos y militares, de señoras, hijas, viudas ó esposas de los soldados y de empleados del gobierno del departamento y del cuartel general del héroe.

Yo no conocía á nadie; pero las caras que allí ví no las podría olvidar nunca, aunque cien años viviera. Dos viejecillos con aspecto de covachuelistas, enjutos, pálidos, de anteojos ahumados y tan parecidos entre sí, que cualquiera los habría creído, si no la misma persona, por lo menos hermano el uno del otro, andaban de aquí para allá haciendo saber el objeto que los llevaba á aquellas antesalas.

— Al fin le veo por aquí, amigo Pliego; hasta que quiso Dios que dejara usted á esa chinaca infecta que tanto mal le hacía.

— Sí, amigo Avecilla, contestó el llamado Pliego; al fin me he metido á buen vivir, y aquí me tiene resuelto á

buscar colocación cerca del nuevo Gobierno. Hay que convencerse de ello; no somos nosotros para aquellos trotes en que andábamos, ni menos para contemporizar con ateos



y *framasones*. Señor AVECILLA (y aquí tomó un tono solemne el orador), lo que se mama, lo que se aprende desde la infancia, las lecciones de una madre buena y piadosa, no lo pueden borrar las predicaciones de cuatro locos descastados. Año nuevo, vida nueva; si la necesidad de conquistar las malditas tortillas nos hizo aceptar una posición en que, Dios bien lo sabe, no estábamos conformes, hay

que hacer un esfuerzo y proponerse no ayudar más á la irreligión.

— Dice bien, señor Pliego, dice bien; yo vengo aquí con recomendación de señor don Dionisio Rodríguez, y estoy seguro de que el presidente (porque presidente es Miramón, quiéranlo ó no) me considerará y me hará justicia.

— Pero ¿qué demonio de ruido es ese, que no deja conversar tranquilamente?

— Clavan las cajas del *parque*, que ha de llevar el señor Presidente á la campaña.

— ¿Luego sale el señor Miramón? dijo una señora entrometida.

— Mañana ó pasado á más tardar, respondió AVECILLA, ufano de estar tan bien informado.

— A acabar con los *puros*.

— A destrozar á la canalla.

— A ganar nuevas acciones de armas.

— A acorralar á Juárez y su ridículo ministerio.

— A res.

No concluyó Pliego la palabra; repentinamente nos cegó los ojos un resplandor cárdeno, fosforescente, mezcla de rojo naranjado, de azul pálido y negro infernal, que se introdujo por la puerta de la habitación, destrozándola é inundando ésta, primero, de luz extraña que contrastaba

con la del sol, después de humo, de polvo y de obscuridad.

Al mismo tiempo sentimos caer ladrillos, crujir puertas, desmoronarse techos, y vimos una columna de humo negruzco, que subía, subía por el aire, dardeando el cielo azul, opacando la luz del sol y al fin se extendía por el espacio en volutas oscuras que revoloteaban sin cesar hasta perderse de vista, mientras la gran masa negra sostenía trozos de madera, miembros humanos y piedras y ladrillos.

¿Y el ruido? El ruido fué espantoso, porque si al principio pareció sofocado, como oculto en un espacio estrecho, después repercutió enormemente por todos los vientos, mezclado con un grito humano de pena, de sorpresa y de pavor.

Me registré á ver si estaba herido y nada encontré que me doliera; sólo sentía los ojos llenos de polvo, las manos raspadas y la cabeza pesada. Busqué á mi derredor y no encontré á ninguno de los que estaban á mi lado; apenas, hincada de rodillas en un fragmento de piso despedazado, ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes, ensartando *magníficas*, padre nuestros, salves y Ave Marías.

Como pude, cogiéndome de los maderos que habían formado el piso de la habitación, y que ardían en los lugares que habían quedado íntegros, apoyándome en la-



... ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes...

drillos destrozados y en paredes agrietadas, logré salir de allí.

Mi primer impulso fué emprender una carrera loca para escaparme de aquel lugar de horrores; pero no podía moverme sino poco á poco, tantos eran los obstáculos acumulados al paso.

¡Dios de Dios, qué espectáculo tan espantoso! Los escombros llenaron los que habían sido patios, los que habían sido corredores, las que habían sido habitaciones; y colmando los montones de piedras, maderas, ladrillos, cascote, claves derrumbadas, arcos á medio caer, plintos y capiteles, lo más triste, lo más doloroso, lo más tremendo: cadáveres, miembros hechos pedazos, prendas de vestir, sombreros y chacós.

Un desgraciado, metido hasta la cintura entre la tierra y las piedras, tenía en el pecho una horrible herida de que le manaba sangre en cantidad, y la cara y las manos desfiguradas por la pólvora. Pedía á ratos la muerte, entre gritos de desesperación, y á ratos un confesor que le absolviera. Expiró en mi presencia en un sacudimiento terrible y después de un ¡ay! que me conmovió hasta las fibras más hondas.

Un cadáver de oficial no tenía cabeza; pero con la mano derecha, nerviosa y crispada, empuñaba el sable que estaba á medio salir de la vaina.

Luego había un rebozo de mujer, una piqueta de

oficial, unos anteojos con varillas de oro, y desperdigados aquí y allá, una mano fina con mitón, un pie burdo de soldado, calzado con huarachi, una pistola Lefauchaux, y en segundo término, estampados en un pilar del corredor que tenía pendiente todavía un trozo de barandal pintado de verde hecho charamusca, unos sesos y unos ojos que habían *retachado* en un impulso formidable.

Descubrí un claro y me orienté para salir de allí; pero lo que me encontré era peor que el infierno mismo. Había gritos, una atmósfera pesada llenaba aquel espacio, que me parece ha de haber sido el de un corredor; se chapoteaba en un líquido negro. ¿Sangre? ¿Pólvora mojada? ¿Agua que se había derramado de las cañerías rotas? Quizá todo junto; pero ello es que hacía mal pisar aquel fango que se adhería á la suela de los zapatos.

De seguro había allí mucha gente viva, pues se oían los rezos de un sacerdote y los gritos de muchos heridos.

El cuadro no era atractivo; pero á pesar de ello me sentí alegre: ya no era yo el único que existía después de aquella tremenda catástrofe. El padre, empezaba á verle en aquella obscuridad, auxiliaba á los heridos y cerraba los ojos á los muertos. Me acerqué á él preguntándole qué era aquello, y me respondió:

— Hijo, no sé, quizás sea obra de los *puros*, que han servido de instrumento á la Providencia.

— ¿La Providencia? ¿Y la Providencia se encarga de

matar á estos inocentes, que estaban dispuestos á salir á luchar por Ella?

— Hijo, no hay que execrutar los juicios de Dios ni que explorar sus caminos. Bendigámosle é inclinémonos ante El, que es lo único que nos toca á nosotros, débiles criaturas; y lo mismo debemos bendecirle los que por su misericordia nos hemos salvado, que los que han servido de hostia y de figura del Cordero sin mancha...

Y se alejó para meterse en el cañón oscuro é infecto, oliente á azufre y á carne quemada. A poco volvió:

— Salga por aquí, que este corredor no tardará en venirse abajo.

— ¿Y usted, padre?

— Yo voy á mi obligación.

Y me señaló el antro en que gemían desesperados los pobres heridos.

Bajé la escalera en parte por los escalones, en parte por una cuerda que me arrojaron desde abajo.

En el patio, obstruído casi del todo, se hallaba extendido un cordón de soldados; una batería de cañones, cuidada por artilleros que permanecían con las mechas encendidas, estaba de pie firme.

Había empezado ya la tarea del salvamento; pero poco se pudo lograr; centenares de cadáveres estaban bajo los escombros, y los contados heridos que han salido, murieron á poco. Era un dolor ver en la calle á las familias

aguardando que se descubrieran los restos de deudos suyos que pensaban se habían de encontrar entre las ruinas.

Hasta ahora se sabe de la muerte del licenciado don Antonio Escoto, secretario del comandante general, del coronel Rocha y de algunas otras personas notables; la lista completa se tendrá dentro de algunos días ó no se tendrá nunca. Los centinelas que estaban á la puerta del Palacio, quedaron estrellados en la fuente de la plaza de armas, á cincuenta varas de distancia.

El señor general Miramón y su segundo Márquez, se salvaron bajando á toda prisa por uno de los balcones del palacio sin sufrir lesión ninguna.

Dícese que la explosión es obra de los demagogos, que al abandonar la ciudad dejaron minado el terreno. Se sabe que un tal Eulogio Rico fué quien puso la mecha y el depósito de pólvora. ¡Maldito sea! Están presos muchos liberales, entre ellos los Camarenas.

A ver si la próxima no es el relato de alguna calamidad.

Tuyo siempre,

BUENAVENTURA.

Postdata. Parece que se ha descubierto que no fueron los anarquistas los autores de la explosión, sino que la provocaron los que clavaron las cajas de parque sin pre-

caución ninguna. Se dice que el señor Miramón había advertido que la operación estaba ejecutándose mal. ¡Quiera Dios sea cierto!

Del mismo al mismo.

Córdoba, á 2 de Marzo de 1859.

Ahora sí estoy en mi elemento, amigo mío querido; ahora sí obtuve lo que deseaba, que era marchar á la campaña de oriente en compañía del grande hombre que la Providencia nos mandó para sujetar á la inmunda y asquerosa casta de los liberales.

Se dudaba si sería Miramón, ó Robles Pezuela, ó algún otro jefe, quien nos guiara en esta ocasión para nosotros decisiva; pero al fin tuvimos buena suerte: el Presidente (porque ya lo es nuestro General) dejando las combinaciones políticas, las adulaciones de los parásitos y las comodidades del Gobierno, se decidió á guiar á sus buenos amigos, á los que le han acompañado en Atenquique, Atequiza, Ahualulco y San Joaquín, para que conquisten nuevos lauros en esta campaña arriesgada por las circunstancias y el tiempo en que se emprende, no por las gentes contra quien se va á luchar.

Venimos los del *Segundo ligero*, que hemos peleado sin descanso por toda la República; los del sexto de infantería,